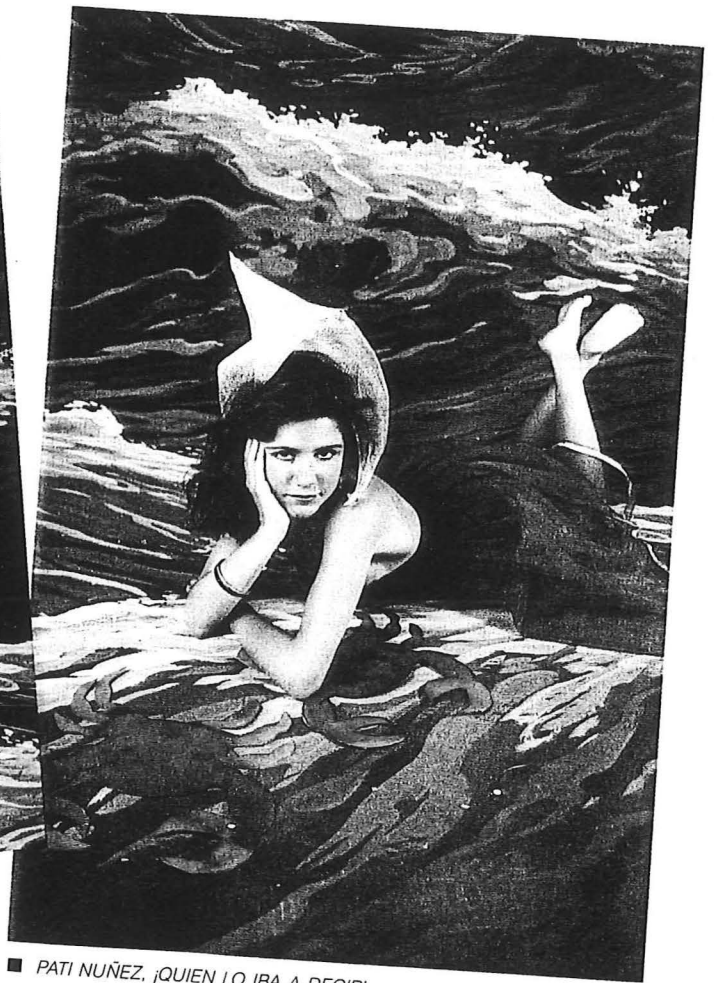


Escola Eina, veinte años en la vanguardia del diseño



■ LA «FESTA MARINA» DE 1979



■ PATI NUÑEZ, ¡QUIEN LO IBA A DECIR!

Sería absurdo, en valores temporales y de densidad creativa, intentar resumir o recrear lo que han representado para el desarrollo ideológico de nuestra ciudad y, por extensión, de nuestro país los veinte años de existencia de la Escuela Eina.

Hay ideas iniciativas que nacen con vocaciones destinadas a ir más allá de estrechos presupuestos cerrados, y que se constituyen en puntos focales de confluencia de conceptos tan amplios como la cultura sin adjetivos. Este ha sido el caso

de Eina, que representó una isla de libertad, un canal de entrada de nuevas ideas; y este es el espíritu que anima la actual dinámica de la Escuela en la heterodoxia de los ochenta. Quizás no sea tan casual, vista la posterior trayectoria de Eina, la génesis de tan polémica institución. Si los cambios cualitativos en cualquier área social tienen su origen en una catástrofe, fue una catástrofe la que desencadenó una situación que nos dio acceso a lo nuevo. A mitades de los setenta, cuando hablar de diseño era un exotismo, la élite de las artes visuales barcelonesas se reunía en unos cursos impartidos en el CICF. El staff docente estaba compuesto por personalidades como Albert Rafols Casamada, director, Xavier Misrachas, Cirici Pellicer, Romà Gubern, Miguel Milá, Federico Corra y Zimmerman, entre otros. La ceguera prospectiva, el catolicismo militante y estrechos criterios ideológicos sos-

